

## ***La actitud del partido socialista y la situación política***

**L. Fersen**

**20 de enero de 1934**

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 377-381, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 32, febrero de 1934.)

La actitud del partido socialista después de su descenso del Olimpo gubernamental<sup>1</sup> ha venido a sembrar una confusión espantosa que (también hay que decirlo) era de temer. Varias veces hemos señalado (frente a todos los melodramatismos del instante) que sólo un balance severísimo de la actuación pasada podría evitar que el proletariado reincidiese en los mismos errores. Cualquiera que fuese su actuación en el poder (de donde salió robustecido por el fracaso y desconcierto de las organizaciones revolucionarias), tendría la posibilidad de aumentar sus fuerzas y debilitar, en consecuencia, el movimiento obrero si no se sabía someterlo a prueba sobre la base de una crítica absolutamente honrada, pero implacable, de su actuación anterior. Unas veces se aludía a su política contrarrevolucionaria en el poder para inferir que el socialismo se descompondría por sí solo a consecuencia de su propia actuación. De ahí surgió toda la catastrófica política del período constituyente, que se ha caracterizado por un divorcio absoluto entre el ala revolucionaria y los socialistas, permitiéndole a éstos realizar impunemente una labor contrarrevolucionaria. Después, cuando fuera del gobierno pueden los socialistas dedicarse a filosofar, a llorar, a recapacitar y hacer propósitos de enmienda, la hostilidad anterior se traduce en una actitud conciliadora hacia la oveja descarriada que vuelve de sus malos pasos.

Era inevitable que en las actuales circunstancias se produjera una corriente hacia el socialismo. Quien ha salido quebrantada de las luchas bajo la República ha sido el ala revolucionaria. Las masas tienden, naturalmente, en momentos difíciles, a agruparse en torno al sector más poderoso, que es hoy el socialista. La burguesía también contribuye a ello al concentrar en él sus ataques, porque el sector anarquista, en este instante, le preocupa menos. La burguesía, al encontrarse en una situación de extrema debilidad, sintió la necesidad de apoyarse en el reformismo para contener el avance revolucionario de las masas. Pero al sentirse más fuerte, y con la CNT, base del sector revolucionario, visiblemente quebrantada, pasa al ataque contra el reformismo, a fin de someter al movimiento obrero en conjunto. Queriendo oponer un bloque compacto a la reacción, la masa tiende a aglomerarse en torno al reformismo.

Nosotros no podríamos evitar este desplazamiento, consecuencia obligada de los pasados errores. Ninguna voz que se levante en el movimiento obrero puede tener en este instante mayor resonancia que la de los socialistas. Pero las ilusiones en el socialismo se pueden y se deben atenuar, ligándose a ellos para las exigencias inmediatas de la lucha, sin ceder lo más mínimo en la crítica de su actuación pasada y presente (de su diplomacia, de sus componendas), encaminadas a distraer el movimiento obrero, no adquiriendo ningún compromiso firme. No se puede negar que la actitud conciliadora hacia el

---

<sup>1</sup> Tras la victoria electoral de la CEDA y las derechas en las elecciones de noviembre de 1933, los tres ministros socialistas perdieron sus carteras.

socialismo no está contrarrestada por una crítica seria de las organizaciones que debieran hacerlo. Esta crítica, ligada a la actuación, es, empero, lo único que obligará al socialismo a moverse y permitirá sacar de su actual estancamiento la actitud revolucionaria de las masas.

Nosotros no entendemos por crítica (excusado decirlo) las obtusas embestidas de los faístas o de la masa coral estaliniana, perturbadoras y contraproducentes. Pero tampoco es cosa de quedarse pasmados contemplando la radicalización de Largo Caballero. Los compromisos deben establecerse con la mayor claridad y ser lealmente cumplidos. A lo que no hay que avenirse de ningún modo es al deseo de los socialistas de hacernos cómplices con el silencio de su actuación pasada o a ocultar nuestro punto de vista sobre su orientación presente. Necesitamos unirnos para hacer frente al enemigo común, pero no para plegar nuestras banderas.

No debemos engañarnos ni engañar a nadie respecto a la radicalización del sector dirigente del socialismo que acaudilla Largo Caballero. Este sector pretende hacernos creer que el reformismo y la política de colaboración con la burocracia han dejado de ser su objetivo y que desde ahora se orienta por el camino de la revolución. En el tiempo que lleva manifestándose en este sentido podía habernos dado alguna prueba de su sinceridad, sin que lo haya hecho todavía. Las amenazas siguen en pie, suben o bajan de tono según las circunstancias, pero no se han traducido en nada concreto. Que no pasaría Lerroux, decían; que no se someterían al triunfo de la reacción monárquica; que no cederían un punto en todo lo conquistado. Pero ha pasado Lerroux, la reacción monárquica está decidiendo la política del país, las conquistas hechas están siendo gradualmente anuladas y no se ven, de parte de los socialistas, ni asomos de resistencia. Todo lo resumen en esa vaga amenaza revolucionaria que, por lo pronto, les está sirviendo para desentenderse de la defensa de las reformas por ellos introducidas. Su resistencia se reduce a la cómoda protesta parlamentaria, que no puede influir lo más mínimo en el curso de los acontecimientos.

Pero tampoco cabe negar que el grupo representado por Largo Caballero constituye en el socialismo una tendencia, motivo de fuertes discordias interiores, que quiere controlar la radicalización perfectamente visible de amplias zonas del partido socialista y de la UGT. Esta ala izquierda del socialismo, acaudillada por burócratas expertos, está realizando una maniobra de gran envergadura. Con sus amenazas pretende intimidar a la burguesía y (lo que es para ellos más importante) absorber el movimiento obrero revolucionario, apareciendo como su vanguardia. Multitud de obreros socialistas, escépticos respecto a las posibilidades revolucionarias de su partido, se animan creyendo que enciende la antorcha de la revolución. Las zonas más atrasadas y más ingenuas (que son la mayoría) del partido socialista, de la UGT y de las juventudes, depositan sus esperanzas en la nueva tendencia. Y hasta en las demás organizaciones revolucionarias está produciendo una impresión notable la radicalización del socialismo. “Yo, que estoy considerado [decía Prieto cuando la propaganda electoral] como el más derechista del socialismo, he de declarar que cada día considero más suicida la división entre socialistas y comunistas, pues tal vez no esté lejano el momento en que tengamos que luchar juntos.” Si a Prieto (hombre completamente ajeno a los problemas del movimiento obrero y del socialismo) se le ha ocurrido esto es porque forma parte de la orientación del grupo Largo Caballero.

Sería un error profundo creer que esta corriente representa un fenómeno específico del socialismo español, tal como si tendiera, sobre la base de su propia experiencia, a posiciones revolucionarias. La orientación que aquí representa Largo Caballero forma parte (y está desde luego inspirada en ella) de la nueva orientación que empieza a manifestarse en la Internacional Socialista, y que se ha traducido ya en la escisión del

partido socialista francés. Cualesquiera que sean las diferencias de detalle y la diversidad de circunstancias, el rumbo es el mismo. La socialdemocracia intenta ahora reivindicarse declarando que la política de meras reformas que ha venido practicando se ha tornado regresiva, y el afán de mantenerse en el programa reformista ha conducido a la política de “mal menor”, esto es, al abandono paso a paso de las reformas conquistadas. No cabe, por lo tanto (dice la socialdemocracia), mantenerse en un programa de reformas cuando las reformas se han hecho imposibles. Ha llegado la hora (así resume su pensamiento) de que el proletariado se apodere del poder político y tome amplias medidas de socialización.

Todo este razonamiento, a la altura en que se mueve, es irreprochable. La socialdemocracia lo coge como bandera (en la seguridad de que ha de serle útil), pero cultiva la máxima vaguedad en las correspondientes conclusiones prácticas: en la cuestión del poder, en el alcance de la socialización, etc., etc.

Sin la quiebra (no la degeneración, sino la quiebra, con el consiguiente saldo de existencias) de la Internacional Comunista, no se podría levantar hoy con éxito esta bandera. No se podría de ningún modo hablar de la necesidad del paso al socialismo manteniendo el equívoco sobre el camino para hacer la transición de un régimen a otro. Porque la IC representa históricamente la respuesta a estos problemas. Su contenido programático es el conjunto de las normas, elaboradas en la experiencia, para hacer la revolución partiendo del supuesto de que es necesario hacerla. De ser la IC un organismo vivo, esta afirmación de la socialdemocracia sería tanto como reconocer su fracaso y condenarse a muerte. Para hacer la revolución estaría la IC descansando sobre la base de la única revolución proletaria triunfante, la revolución rusa. Pero el proletariado sólo podría llegar a la conclusión de que si hay que salirse del marco del régimen capitalista sobre la socialdemocracia, a condición de existir un organismo que resumiendo toda la experiencia del proletariado militante supiese inspirarle confianza. Las posiciones nuevas de la socialdemocracia en las cuestiones capitales de la revolución han sido enteramente superadas en el movimiento obrero y serían algo irrisorio de no haber quebrado la IC, que encarnaba esta superación. La gran masa obrera no se va a orientar hacia el comunismo por deducciones teóricas y a mantenerse en él a pesar de las hecatombes y diarios disparates que presencia en la práctica. Para poder asimilarla tendría que ver que se lucha y se vence. De lo contrario, quedará sumida en el escepticismo o esperando la revolución de un “cambio de pluma” (a semejanza de las aves) en la socialdemocracia. El hundimiento de la IC tiene que traducirse inmediatamente en un reforzamiento de la socialdemocracia, pues todas las más altas experiencias del movimiento obrero quedan recluidas por un tiempo más o menos largo (sobre esto no se puede decir nada) en círculos estrechos, de voz débil, a quienes incumbe la tarea de reconstruir la vanguardia proletaria. La socialdemocracia empieza a nutrirse del cadáver de la III Internacional.

La radicalización aparente de nuestro socialismo, este aparente progreso sobre las posiciones tradicionales, nos puede dar la impresión de una “bolchevización”, porque el papel que juega el bolchevismo internacional es cada vez menos importante y más turbio.

El rasgo más acusado de la nueva orientación socialista parece ser, tanto aquí como en Francia, que renuncian a las coaliciones con la burguesía (hasta que “circunstancias especiales les obliguen a hacer el sacrificio” de concertar pactos), con lo cual quieren dar la impresión de que se dirigen en línea recta hacia una política netamente socialista. Pero, por otra parte (sin perjuicio de aludir a la “revolución” tantas veces como crean conveniente en la propaganda), procuran mantenerse estrechamente ligados a las instituciones políticas burguesas. En la última crisis gubernamental de Francia, los “socialistas puros” reclamaron para sí la integridad del poder, pero manteniéndose, al mismo tiempo, en el cauce legal. Las declaraciones de nuestros socialistas sobre su ruptura con los republicanos en nada se diferencian del caso citado. Tomemos entre las

muchas declaraciones de esta índole una muy elocuente, que publica su órgano en la prensa el día 13 del presente enero: “Nuestra resolución está dicha [declaran]: de cara al pasado, republicanos; enfrentados con el presente, socialistas... Fuimos aliados de los republicanos y no esperamos volver a serlo. Vamos a lo nuestro. Estamos en lo nuestro. Y de ahí no nos sacará nadie... No somos republicanos, no lo hemos sido nunca. Somos socialistas. [¡Bien; basta!] Sólo socialistas. [¡Jesús!] Sabemos lo que queremos. Y adónde vamos.” Este histerismo de comedia, estas crispadas afirmaciones de pureza socialista vienen a culminar en el legalismo más ramplón.

La orientación oficial del partido socialista está siendo, sin embargo, motivo de grandes luchas interiores. La oposición parte de los sectores más pasivos y más conservadores de la burocracia socialista. No es que la oposición, dirigida por Besteiro, se engañe sobre lo que pretenden las declaraciones revolucionarias del partido. Pero encuentran el juego peligroso y sienten un temor profundo ante las consecuencias que pudiera tener semejante actitud. El estado de subversión creado por la propaganda puede desbordar los límites fijados por el partido, y además pueden obligar a actos de resistencia (aun de resistencia mínima) intolerables para la oposición, que no está dispuesta a perturbar su tranquilidad ni la de la burguesía. Para ella, que encarna los intereses de la más decrepita burocracia, la pasividad y el espíritu acomodaticio ha de ser el único principio que impere en la organización. Cualquier demócrata radical es mucho más avanzado que esta burocracia reformista a lo Besteiro, lo Trifón, lo Saborit y toda esa serie de seres anónimos que llevan más de veinte años disfrutando una secretaría sindical.

Para comprender bien hasta qué punto es ficticio el estado de cosas creado en el seno del partido socialista, hemos de recordar que la lucha de tendencias no surgió del antagonismo entre un ala obrera más o menos revolucionario y otra moderadísima, sino que surgió la oposición entre los elementos liberales (Prieto, De los Ríos) y la burocracia reformista en conjunto (Largo Caballero, Besteiro, Saborit, etc.). Los primeros iniciaron su oposición a la Dictadura con todos los elementos democráticos del país, mientras la posición oficial del partido era colaboracionista. Las divergencias actuales no son más que derivaciones de esta posición inicial. Cuando empezó a organizarse el movimiento republicano, las divergencias se concretaron en la cuestión de la participación en él a la cola de los liberales. Tarde, mal y arrastra, se consiguió que una parte de la burocracia, con Largo Caballero a la cabeza, se incorporase a las fuerzas republicanas con la hostilidad manifiesta del grupo Besteiro-Saborit. Instaurada la República, las divergencias giraron en torno a la participación en el poder, oponiéndose a ello, fieles a toda su política de pasividad, el mismo grupo Besteiro-Saborit. Derribados los socialistas del poder, Largo Caballero fue a parar, como consecuencia de la campaña burguesa contra las reformas por él introducidas, a una posición seudorrevolucionaria de clase, a la cual se vieron arrastrados por formar en el grupo los ministros de tendencia meramente liberal, Prieto y De los Ríos. Ahora las divergencias han tomado la forma de una corriente obrera de izquierda (por lo menos en las frases) frente a la inalterable corriente burocrática conservadora, enemiga en todo instante de salirse de su feliz quietud. Y el resultado extravagante de todo el proceso anterior es que los elementos liberales que entraron en oposición con la burocracia obrera en un momento en que ésta chocaba con las tendencias progresivas de los partidos democráticos avanzados, se ven hoy enrolados en una tendencia de clase que preconiza la conquista del poder por el proletariado y la instauración del socialismo como única salida de la situación actual, a lo que son completamente hostiles por todas sus concepciones. Esta es la situación artificiosa que se ha creado en el partido socialista. Prieto y De los Ríos son, aunque por razones distintas, tan enemigos de una política obrera revolucionaria como lo es el grupo Besteiro-Saborit, y se encuentran, no obstante, en el ala revolucionaria como consecuencia de las vueltas

que ha dado la lucha de fracciones. ¿Cómo hacerse ilusiones sobre la política que pueda hacer esa ala izquierda si es en su composición misma un conglomerado de los más confusos?

L. FERSEN

*Madrid, Prisión Celular, 20 de enero [de 1934]*

Edicions Internacionals Sedov  
Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda  
Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)